



Relatos del Taller de Escritura Creativa



Impartido por Aitor Barrondo
Colmenarejo 2022

INDICE

- A mí me gusta escribir.** Silvia Mascaray
Al compañero desaparecido. M^a José Guevara
Caída doble. Natalia Comotto
Caldereta de langosta. Paloma Nieto Bazán
Disociación del dolor. Maite Pastor
En la espera. Carmen Higuera
Fundir una vida. Maite Cerezo
Humus. Macu Benetti
Me gusta/no me gusta. M^a Isabel Abando
¿Quién soy? Adivinanza. Mónica Botella
Juegos de mesa. M^a José Ayuso

Los textos aquí reunidos son una selección de los que han realizado las asistentes al taller de escritura creativa impartido por Aitor Barrondo dentro de las actividades culturales organizadas por el Ayuntamiento de Colmenarejo en 2022.

Maquetación e ilustración de portada: @macubenetti

A mí me gusta escribir

Como si se tratara de la contraseña del Taller de escritura, comienzo este relato. En la Biblioteca, la contraseña del wifi es amimegustaleer, como una declaración de intenciones imprescindible para el disfrute de la misma.

Recuerdo el primer libro que quedó grabado en mi memoria. El primero que me mostró la magia de conseguir evadirme a través de la lectura de un entorno que me disgustaba: “La cabaña del Tío Tom”, que realmente no podemos decir que fuera una lectura alegre, el conocer las desdichas del esclavo Tom. Pero sí suficientemente interesante como para olvidar, en esas siestas pegajosas, la inquietud que me generaba estar de colonias en el verano de 1975, antes de la muerte de Franco y rodeada de cánticos de cara al sol todas las mañanas.

Pasó el tiempo y un novio muy leído me presentó a “El Señor de los Anillos”. Entre el primer y segundo plato de las comidas en el comedor familiar aprovechaba para asomarme, el tiempo que pudiera, a conocer la suerte de los hobbits. En este caso aprendí que no solo podía evadirte la lectura, sino también volar con ella.

Más tiempo, y ¡cuánta dicha! Comenzar a leer los libros de García Márquez y de Isabel Allende. Los devoré todos porque me producía un verdadero placer navegar por el realismo mágico de aquellas familias eternas.

Evasión, vuelo y placer.

En esos momentos las lecturas de la asignatura de Literatura parecían situarse al otro lado de lo fabuloso, e hice un nuevo descubrimiento: cuando buceas más allá del texto, conoces al autor y lees lo que otros sacaron de la misma lectura, se engrosa la huella. Se establece un diálogo entre lo que tú eres y lo que el otro te cuenta. De ese tiempo fue “San Manuel bueno mártir” y “Tiempo de silencio”.

También puedo decir que me gusta leer teatro. Las obras de Tennessee Williams, ser otra persona y vivir otras vidas. Volver al juego más infantil o más primario. La lectura se despega del papel y pasa a tomar cuerpo, el que tú le prestas.

Hoy me vuelven loca los relatos y los cuentos. Los leo de corrido hasta que alguno de ellos me llama y se instala en mi cabeza como pidiendo ser contado.

Esto me lleva a contaros que me gusta contar, valga la redundancia. Me gusta contar historias, breves o más largas, divertidas o emotivas. Me gusta buscar las palabras precisas para hacer escritura con el pensamiento.

Leer, contar y escribir.

También me gusta el calorcito de mi cama en la que pienso en todas estas cosas.

Silvia Mascaray

Al compañero desaparecido

Hoy he vuelto a este lugar sin tiempo para aprobarte; suspendido te halla la vida en los cielos y tú no lo sabes. Hoy es Octubre en el colegio; tal como fuimos. Siempre es Octubre en estos jardines y tu recuerdo Eneiros.

Danzaban las hojas por los aires y tan divertidas cuando llegábamos---, mas tú nos dejaste en el mes más frío helando los pinos adolescentes, escarchando de muerte nuestra inocencia. Hoy he vuelto y te recuerdo; cada lugar es una huella en el tiempo.

Herencia del dolor te pongo en duda. ¡Tú no eres sino una entrometida!; un fantasma enfermizo y sin luz que adelgaza recuerdos, una Parca sin memoria que regala sombras. Él tocaba el violín cuando lo amaban y este jardín es eco de sus voces. ¡Qué sabrás tú de su sonrisa arpegiada en la curvatura de sus manos! Él tocaba el violín cuando eras niña, herencia del dolor, en su mirada. Hoy redoblan su nombre las campanas, su nombre de ayer ya sumergido y tú, espectro del dolor que aún eras nada, te eriges en reina de un pasado que no es tuyo.

Él aún toca el violín en las noches solas cuando balan los gatos y la luna es un crisantemo mordido.

M^a José Guevara

Caída doble

Cada día que pasa se repite la misma escena. Llega hasta la puerta del edificio, se para, mira hacia arriba y después de unos segundos en los cuales parece dudar, se aleja caminando sin mirar atrás. Así año tras año.

Hace un tiempo atrás trabajaba en un negocio en el cual me habían contratado como vendedora. La tienda ofrecía todo tipo de productos de ropa interior para hombre: calzoncillos; camisetas de franela gruesa para invierno, finas con manga corta o sin mangas, del tipo musculosa, para verano; calzoncillos largos de hombre; medias de todo tipo y grosor, etc. Tenía un público bastante específico. Abuelas o madres que compraban a sus hijos, nietos o maridos y por otro lado hombres, casi siempre mayores de cincuenta años, que buscaban modelos pasados de moda, de los de toda la vida.

Lo cierto es que un día entró a la tienda un muchacho de unos veintipocos años preguntando si tenían camisetas musculosas acanaladas. Me resultó curioso. No tanto por el producto que pedía sino porque era raro ver en la tienda a un cliente tan joven. Le pregunté el talle y acto seguido me empezó a contar una historia de cuando él iba al edificio que justamente se encontraba enfrente de la vidriera del negocio. Hablaba bastante rápido y, la verdad, pensé que estaba algo loco. Lo escuché a medias. Su discurso por momentos se tornaba incoherente o con una cantidad de referencias a hechos que no mencionaba y pensaba que yo daba por hecho, como si conociese de qué estaba hablando. Después de un rato se dio la vuelta y se marchó, sin saludar.

Cuando se fue le pregunté a la dueña del negocio si lo conocía y me contó su historia. El muchacho, que se llamaba Tino, vivía en el barrio desde pequeño con sus padres a varias calles de ahí. Ellos se ocupaban de él dado que a partir del accidente que vivió quedó tildado. Era inofensivo, pero incapaz de llevar una vida independiente. Pregunté cual había sido el accidente y ella me contó que aproximadamente hacía ocho años justo en el edificio de enfrente había vivido una familia que tenía tres hijos, uno de los cuales era de la misma edad de Tino. Se llamaba Facundo. Los dos eran muy amigos. Iban al mismo colegio y casi siempre se los veía juntos. Un día, los hermanos mayores de Facundo organizaron una fiesta en la terraza del edificio en el que vivían. Estaban excitados, pues era su primera fiesta. Habría chicas seguramente y ya se habían fijado en alguna que les gustaba. La fiesta transcurrió tranquilamente salvo por la forma en que finalizó. Cuando quedaban pocos por irse se pusieron a jugar a esos típicos juegos del tipo de retarse a hacer tal o cual cosa. En uno de esos retos le dijeron a Facundo si se atrevía a caminar por la cornisa del edificio. Él, que estaba envalentonado, se subió a la baranda que tendría aproximadamente un palmo de ancho y era de material. A simple vista parecía fácil con lo cual comenzó a caminar decidido hacia el otro extremo. Después de tres pasos y cuando estaba por dar el cuarto, nadie entendió muy bien cómo, pero Facundo perdió el equilibrio y cayó hacia la calle. Cuatro pisos. Todos corrieron hacia la baranda, pero cualquier intento de ayuda era inútil. Vieron desde arriba su cuerpo cayendo y en unos segundos estamparse contra el duro empedrado de la calle. Pronto empezaron los gritos, corridas, llantos, luces de coche patrulla, ambulancia, vecinos que salían a ver, gente con la mano en la boca, caras de dolor, tristeza. Tragedia.

Pasados unos días y después de constatarse la accidentalidad de la muerte de Facundo se veló su cuerpo en la funeraria del barrio. Fue bastante espantoso me dijo. Además de los familiares acudieron muchos muchachos jóvenes acompañados por sus padres. En medio de todo ese horror estaba Tino con su cara desencajada, como ido. A partir de ese día nunca más volvió a ser el mismo. Lo llevaron a médicos, realizó tratamientos de distinta índole, psicólogos, psiquiatras, no hubo forma, algo se había quebrado en su interior. Me dijo que en el barrio lo conocían todos. Cada uno a su manera trata de arrojárselo como puede.

Ella creía que ese día ambos cayeron porque Tino nunca más pudo continuar con su vida, quedó como en un espacio de tiempo congelado, como si no estuviese en el presente pero al mismo tiempo siendo parte. Triste.

Natalia Comotto

Caldereta de langosta

Había calma chicha en la playa. El agua estaba lisa y oscura como el lomo de una ballena y tenía un ligero vaivén, acercándose y alejándose, con monotonía de la orilla. El cielo estaba cubierto de nubes grises, como todos los días de esa semana de vacaciones. Cerca de las rocas se amontonaban colonias de posidonia, Ricardo evitaba pasar por ahí. No entiendes que esa textura me da grima. Ese día no hubo baño ya que las medusas hicieron su aparición. No hubo paseos nómadas, ni castillos de arena, ni partidos de palas ni de petanca. Las sombrillas y las sillas, bien colocadas, ocupaban su plaza.

Ricardo leía las páginas salmonete del periódico y yo las de cultura y viajes. Le gustaba aprovechar el tiempo así que se llevaba los informes del despacho a la playa para revisarlos. Yo empecé a leer el segundo libro de Lucía Berlín. Después de leer, a la una jugábamos al backgammon, siempre cinco partidas, salvo cuando ganaba yo, que echábamos la revancha. A las dos nos íbamos al chiringuito.

Ese día fue más plomizo de lo normal.

Mientras mirábamos por la ventana, hipnotizados por el mar, y sin mucho nuevo de que hablar, se acercó a nuestra mesa de siempre un camarero nuevo, era orondo y con ojos saltones, como un pez globo, Fugu les llaman en Japón a estos peces tan deliciosos como venenosos. No nos enseñó la carta simplemente nos recomendó la caldereta de la casa con un gesto enigmático y una sonrisa cómplice.

Ricardo se fue a atender una llamada y enseguida llegó el camarero con la sopera, dos tazas y dos cucharas. Me dijo, no espere, pruebe, pruebe.

Levanté la tapa y el aroma de langosta penetró en mi nariz. Me quedé aturdida pues a mi memoria llegó el recuerdo de la sopa que me hacía mi abuela cuando pasaba las vacaciones con ella. El caldo era de un rojo intenso. No lo pude evitar y me serví antes de que llegara Ricardo, aunque a él no le parecería bien pues le gustaba mantener las normas de buena conducta. Al acercarme la cuchara a los labios el color se fue aclarando, parecía un fondo marino. Lo probé. Sabía a langosta, un sabor que me llenó la boca de mar. Seguí mirando dentro de la taza, una medusa danzaba entre estrellas de mar y erizos. Mi curiosidad me hizo acercarme más para ver mejor el baile y entonces, como en Alicia en el país de las maravillas, yo me fui empequeñeciendo más y más y la taza y su contenido se fueron agrandando más y más.

Entonces se derramó sobre mí un contenido infinito, y como una sirena, me encontré en el fondo del mar a lomos de un pez globo al que miré con atención y en el que reconocí los ojos saltones de Fugu, el camarero, que me lanzó el mismo gesto enigmático y me guiñó un ojo.

Me sentía segura a lomos de él, se deslizaba en el agua con suavidad y navegábamos entre miles de medusas que nos escoltaban. Algunas me rozaban con sus tentáculos y sentía una maravillosa sensación electrizante en la piel. Entre el agua transparente y luminosa se colaban pinceladas anaranjadas, eran los salmonetes exhibiendo sus trajes entre las plantas marinas. Cangrejos y coquinas se escondían en la arena y un pulpo tenaz sacudía sus tentáculos para pillarlas.

Dejamos el desierto y pasamos por praderas de posidonia donde Fugu se paró y pude ver a unas langostas mordisqueando las plantas. Alguna de ellas acabaría en otra sopera del chiringuito. En el suelo había algunas caracolas de esas que tanto me gusta recoger en la playa y bancos de peces chiquitos con rayas azules y verdes. Nos alejábamos de la playa y vimos las paredes de los fondos rocosos que estaban recubiertas de falso coral rojo y las anémonas jugaban con los caballitos de mar. Me encantaba viajar con Fugu, sus maneras eran delicadas y atentas. A veces paraba y nos perseguíamos el uno al otro. Sentía que la vida también podía ser divertida.

De pronto oí una voz muy lejana, le dije a Fugu que parase, me quedé escuchando muy quieta, me llamaban a mí, sí, lo oía con mayor claridad, era la voz de Ricardo.

—¿Marta? Marta, Marta, Martaaaaa.

—Glu glu glu glu.

Paloma Nieto Bazán

Disociación del dolor

Bilbao, a 21 de enero de 2022

Me llamo Estela y nunca he llorado. Cuando comencé a conocer a mis padres, fue una de las primeras cosas que descubrió mi madre sobre mí. Tenía pataletas, me enfadaba e incluso la ira me coloreaba de pies a cabeza, pero si me hacía daño, no derramaba una lágrima.

En casa esto se normalizó pronto. Llegaba del cole con las rodillas desolladas, las medias rotas y ensangrentadas, y si mi madre me preguntaba, no podía darle nunca muchas explicaciones. En otras ocasiones me pegaba en el colegio o en la calle y lo único que demostraba era la ira o el enfado que habían desencadenado el conflicto, pero, ni los golpes ni los moratones lograban arrancarme una lágrima.

Aprendí a montar en bici en una mañana porque no me supuso más que cuatro o cinco caídas, dos dientes y ni un solo llanto. Golpe tras golpe, volvía a encaramarme en el sillín hasta que conseguí erguirme sobre aquellas dos ruedas y pasearme ufana ante mis amigos y familia.

El día que cumplí diez años me regalaron unos hermosos patines de hierro. Aún recuerdo con el cuidado que los saqué de la caja. Su estructura de latón y sus ocho ruedas brillaban más que el oro y la plata, la fragancia a cuero de sus tiras era el mejor de los perfumes, pero mi éxtasis llegó al hacer rodar las ruedas sobre los rodamientos y escuchar su áspero sonido metálico. Sin embargo, mi alegría se desvaneció cuando al elevarlos por encima de mi cabeza como un hermoso trofeo, observé la cara de horror de mi madre. En ese momento sospeché, que nunca se ceñirían a mis pies.

Sin embargo, no tardé en burlar la férrea vigilancia de mi madre y, una tarde que me dejó a cargo de mi abuela, aprovechándome de su confianza, le pedí las llaves para subir a casa. En pocos minutos estaba en la cuesta del depósito de agua mirando el mar con los patines abrochados en mis pies y, sin dudarlo, me deslicé para atraparlo. Conseguí recorrer prácticamente el kilómetro que me separaba de mi meta, pero un funesto agujero en el asfalto me valió la fractura de la mandíbula y casi tres meses alimentándome con una pajita. Tampoco derramé una lágrima.

El día que aparecí delante de mi madre con el rostro y el cuerpo totalmente ensangrentados, emocionada porque había conseguido dar un doble mortal, mi madre no pudo más. Fue este último episodio el que desató un continuo ir y venir a todo tipo de especialistas que no consiguieron atinar con mi dolencia hasta que mis padres no confesaron que me habían adoptado. El diagnóstico: "disociación del dolor", un mecanismo de adaptación para desconectarse del dolor emocional producido, por lo general, por un trauma en la infancia. Hablando en plata, un trauma infantil.

Imagino que ya habrá oído hablar de ello, son muchos los niños que sufren abandono y malos tratos que lo desarrollan. Si te duele algo y nadie acude en tu ayuda, tu cerebro se desconecta, bloqueas el dolor. Aprendes que tu llanto no va a ser atendido y lo inhibes.

Con esto no quiero decir que ser adoptado o haber estado en un orfanato te dé licencia para todo. No le explico todo este rollo para justificar nada; todo lo contrario, simplemente lo que quiero explicarle es que soy culpable y nada puede eximirme de mi crimen.

A mí madre siempre le estaré agradecida porque gracias a su empeño pude ser tratada y llevar una vida normal. Mis acciones no se respaldan en ello. No la maté porque me adoptara, o me comprara, por eso pude perdonarla. Pero mi madre, los curas, las monjas, las matronas, los médicos, ... todos ellos, formaban una organización criminal que en este país nunca va a ser juzgada. Así que, en pleno uso de mis facultades, como todos ellos en el momento de cometer sus crímenes, decidí tomarme la justicia por mi mano.

Ellos eran culpable, yo soy culpable.

Reciba un saludo cordial.

Estela Irigoyen.

Maite Pastor

En la espera

Los cuerpos se amontonaban en el pasillo. Aunque el tiempo parecía haberse detenido. Los rostros solo cobraban vida cuando el sonido de los carros se percibía en la lejanía. Ese olor a agua turbia medicinal se introducía por las narinas de los enfermos, hipnotizándoles de deseos. El movimiento de las camillas se volvía un trabajo arduo, incluso innecesario. Algunas de aquellas bandejas se recogían intactas.

Julián sabía que Alma estaba sola, que su mamá hoy no podría venir a verla. Trabajaba a turnos y el hospital quedaba muy lejos de casa y del trabajo. Decidió levantarse, a pesar del intenso dolor que le producía su costilla rota.

Alma se lo agradeció con tanta dulzura que no podía dejar de mirarla, transmitiéndola tanta seguridad que sus ojos le acariciaron con gratitud. Sentía que siempre estaría ahí para arroparla.

Un día Alma ya no volvió y Julián soñó que Alma había regresado a su país, se la imaginó vestida de blanco, con ese olor aterciopelado a jazmín que siempre desprendía y que nunca logró descubrir de donde brotaba.

Era un país sin montañas, lleno de luz y con colores tan limpios y transparentes que los cuerpos de sus habitantes reflejaban la luminosidad de cada día.

Esa noche Julián no pudo dormir, un frío intenso le recorría de pies a cabeza, ese olor le estaba empezando a ahogar y supo que nunca podría llorar, que los días se harían interminables, que el amanecer se uniría al anochecer y sus huesos irían perdiendo densidad.

Aquella noche Julián cerró sus ojos inspirando aquel perfume que le resultaba tan conocido, de nuevo ese dulce olor a jazmín inundó toda la habitación. Un profundo suspiro abrazó la oscuridad de la habitación mientras sentía como la ingravidez de su cuerpo le dibujaba un país sin montañas, lleno de luz.

Carmen Higuera

Fundir una vida

Durante el trayecto hacia la joyería, Isabel iba pensando en lo que para ella significaba aquel ritual de sanación: hacer fundir sus anillos de boda. La certeza de haber cerrado el círculo, de haber experimentado el cambio que tanto necesitaba para su vida y en su persona la complacía tanto, que una repentina sonrisa de autocomplacencia afloró a su rostro, delatándola a la mirada de los viandantes con los que se cruzaba.

Fue un primer domingo de mayo cuando él dejó depositada su alianza encima de la mesilla del dormitorio que hasta ese momento habían compartido, con una frialdad que la paralizó. Isabel pensó entonces que haber elegido el día de la madre para abandonar el hogar, a ella y a sus hijas, conllevaba cierta crueldad y grandes dosis de cinismo por su parte.

La noche anterior, en el momento en que ella recibió, sin haber tenido apenas la oportunidad de prepararse, la dolorosa noticia, sintió como si le rasgaran el cuerpo de extremo a extremo. Notó la incisión entrar por su cerebro y la sensación de que alguien, manejando con destreza unas tijeras, consiguiera el resto sin el menor esfuerzo:

—Tengo que hablar contigo. He tomado la decisión de dejarte —le espetó.
—¿De dejarme? ¿Y tus hijas?...

Isabel miró el reloj con un gesto automático, no para saber la hora, sino para comprobar que el tiempo se había congelado en ese preciso momento, al menos el tiempo lineal, del que ella podía ser consciente.

De repente, le vino a la memoria una canción, la que tantas veces escuchaban cuando se conocieron: El gato que está triste y azul no va a volver a casa si no estás...Y la última parte se le repetía obsesivamente, como una alucinación auditiva: no va a volver a casa, no va a volver a casa...

Empezó a sentir un malestar físico subir por su garganta desde el estómago, como una mala digestión. Hizo el gesto de masticarlo, porque le asfixiaba, o escupirlo, pero no pudo. Percibió un fuerte hedor que se expandía en su interior, impregnando los débiles y anémicos sentimientos que luchaban por sobrevivir a su desprecio. Se reconocía extraña, insignificante y una nueva alucinación, esta vez visual, la poseyó, contemplándose a sí misma perdida en un repentino cataclismo. La tierra se abría a sus pies y la sepultaba entre los escombros de una oscura, helada y solitaria ciudad. Avanzaba en medio de aquel desastre buscando una salida, agarrándose en su huida a la tabla de salvación de sus recuerdos.

En su vida pasada se vio terminando los estudios universitarios. Había conseguido un puesto como profesora en un instituto y, aunque cada año la trasladaban por ser interina, ya cumplía tres años consecutivos trabajando. Estaba un poco desubicada, puesto que en los nuevos destinos no había coincidido con compañeros con los que poder trabar una buena amistad. Además, malvivía en una habitación alquilada en la que no tenía demasiadas comodidades. Sus amigas de la universidad también habían tenido que salir fuera a buscarse la vida y no podía contar con ellas para divertirse. Las circunstancias llamaban a una situación de soledad no deseada.

El molesto martilleo de aquella canción volvía a adueñarse de su inconsciente: El gato que está en nuestro cielo, no va a volver a casa...

A su marido lo conoció en la boda de una amiga. Andaba él también un poco descolocado, tanto que, al conocerlo, le saltó como una especie de alarma: la soledad huele a la soledad, pensó. Por ello, Isabel le animó a que se quedara unos días más para visitar la ciudad, sin advertir que el abrazo de dos soledades no cura el vacío de una existencia.

Siguieron años duros. A pesar de que ella había tomado la decisión de dejar su trabajo, de renunciar, de olvidarse de quién era por seguirle a sus innumerables destinos, la contradicción no se separó nunca de su lado, acompañándolos siempre como una malintencionada suegra y formando con ellos un trío en su inestable relación.

Hubo muchos momentos de quejas, de desesperanza, de solapadas rebeldías en las que denunciaba su impotencia, su soledad, la renuncia a ser ella misma, su dedicación exclusiva a la casa y a la crianza de sus hijas, mientras que él tenía el silencio por respuesta, un silencio cruel, profundo, que la hacía descontrolarse y perder el manejo de los hilos de su propia marioneta. No, no era del todo feliz. Su carácter no era sumiso ni complaciente, pero cuando, inmersa en la desesperación se preguntaba:

—¿Por qué? ¿Para quién?

Ella misma se respondía:

—Por ellas, por nuestras hijas, por nosotros.

De nuevo el estribillo de la canción se instalaba en su mente, como si una mano mágica depositara la aguja de un vinilo rayado dentro de ella. El gato que está triste y azul no va a volver a casa si no estás. No va a volver a casa...No va a volver a casa...

Ya no soportaba aquel hedor interno, el shock del abandono. Parecía que sus órganos no recibían oxígeno, que la sangre no circulaba con flujo suficiente. Temió desmayarse, pero aspiró una bocanada de aire que le proporcionó la fuerza necesaria para decirle:

—Está bien. Si es lo que quieres, ¡lárgate!

Luego se dio repentinamente la vuelta. Se dirigió al baño. Levantó con urgencia la tapa del WC. Su estómago se contraía cada vez más provocando las arcadas que la llevaron por fin al vómito liberador de todo el veneno acumulado en su cuerpo. ¡Catarsis total!

Fue en ese instante cuando comprendió que debía aprender a ser dueña de su propia vida.

Maite Cerezo

Humus

Le gusta el olor de la tierra, sobre todo cuando está húmeda. Nunca se imaginó que después de muerta le seguiría gustando. Tantos años metiendo las manos en el barro y ahora lo tiene metido en cada poro de su cuerpo o más bien en lo que queda de él. Es curioso que aún conserve el olfato, piensa o lo que sea que hacen los muertos. Está convencida, lo que te mata te lo llevas a la tumba. Será eso o quizás que las obsesiones duran eternamente.

Desde que era pequeña su nariz le trajo problemas. No se podía concentrar en la tarea escolar si su vecina estaba cocinando y menos aún en clase si alguno de sus compañeros había olvidado lavarse los dientes. Y el transporte público, eso era lo peor, podía adivinar qué había comido o de dónde venía cada uno de los pasajeros. Dicen que los gatos también hacen eso. A veces incluso tenía que bajarse del autobús y continuar su camino a pie. Algo absolutamente inevitable si el chófer era fumador o alguna persona había exagerado con el perfume.

Una vez leí un ensayo sobre que las orejas no tienen párpados y todo lo que eso nos produce. Pero nadie habla nunca, al menos que yo sepa, sobre el estímulo constante que produce la nariz. Ya le hubiera gustado a ella poder al menos ecualizar su sensibilidad olfativa. Quizás si hubiera sido posible aún seguiría viva, quien sabe. El olfato es el único sentido directamente conectado a las emociones y el único, por cierto, que nunca duerme.

A sus ochenta años, además, le había vuelto aquel extraño trastorno de la infancia que la llevaba a levantarse por la noche e intentar hacer pis en cualquier armario de la casa. Sonambulismo, le dijeron que era.

A día de hoy su familia aún no termina de entender qué paso aquella noche, menos aún su marido que dormía junto a ella. Un día se acostó y a la mañana siguiente apareció muerta en el jardín.

Ella sí sabe, pero claro, a quien se lo va a contar ahora. Lo sabe y aún así no da crédito a que todo, menos el olor a tierra mojada, se haya terminado solo porque su nariz la llevó sonámbula a disfrutar de los lilos recién florecidos. Un aroma exquisito, su pasión por las flores, la nariz que nunca descansa y el reaparecido sonambulismo se convirtieron en una trampa mortal. Bueno, eso, y la escalera del patio que no huele.

Macu Benetti

Me gusta/no me gusta

ME GUSTA MIRAR POR LA MIRILLA

La puerta de mi casa, en un segundo sin ascensor, tenía una gran mirilla, ovalada, cruzada por unas finas tiras de metal que por su parte interior cerraba con una puertecita y un pequeño eslabón

De pequeña, una de mis aficiones favoritas era mirar a través de ella. Lógicamente no alcanzaba, dada mi corta estatura, pero en la entrada de casa, estratégicamente colocada, había una banqueta que yo ponía delante de la puerta y subiéndome en ella veía a las personas que subían a los pisos superiores o iban a las puertas de mi misma planta.

Verlos subir y bajar excitaba mi curiosidad y sobre todo mi imaginación.

ME GUSTA IR EN TREN.

Ir en tren es una forma cómoda de viajar, subes en una estación, colocas tu maleta, te sientas al lado de la ventanilla y dejas pasar el tiempo viendo el paisaje, árboles, cultivos, montañas, todo supone un atractivo.

Aunque el viaje se repita muchas veces siempre se encuentra algo diferente, árboles que brotan, flores que aparecen de un día para otro, edificios que crecen día a día y diferentes pasajeros en el andén de la estación.

ME GUSTA JUGAR CON MI PERRO

Tengo perro desde mi juventud, siempre que uno fallece aparece otro que me enamora y se hace con mi voluntad.

Pensar que cuando llegas a casa siempre te espera, enredándose entre mis piernas y ladrando alegremente me produce una gran sensación de compañía, olvidándome de la soledad de mi casa.

NO ME GUSTA COMER DEPRISA

¿Verdad que cocinar es algo costoso?

Yo lo veo así y comer deprisa me parece un agravio para la persona que cocina y que tanto interés se ha tomado en ofrecerte un plato, por eso como despacio, introduciendo pequeños bocados en la boca y apreciando su sabor.

NO ME GUSTA ESPERAR

¿Has quedado a una hora? ¿Por qué llegas tarde? Piensa que yo quizás tengo algo que hacer, que he calculado el tiempo preciso para resolver el tema que nos lleva a quedar y que vas a impedir que llegue a tiempo a mi próxima tarea.

NO ME GUSTAN LAS NAVIDADES

Siempre espero con una gran expectación la llegada de la Navidad, haremos cosas nuevas, veremos a la familia, compraremos regalos y luego...

Las Fiestas han pasado, no ha dado tiempo a hacer cosas diferentes porque todo son compromisos, preparar los menús, vajilla, mantelería; ir a comprar, las tiendas a tope y los precios disparados.

Por fin nos vamos a reunir la familia ¡Horror! A quien más deseas ver no puede venir porque le ha surgido un compromiso con su familia política. Mientras comes observas a todos a ver si la comida es de su agrado, algunas caras no parecen satisfechas. Por fin los regalos, te has pasado días y días pensando en lo más adecuado para cada uno, lo compras y el día de Reyes intentas adivinar si has acertado, unos disimulan ¡qué bonito! ¡cuánto me gusta! ¡qué pena no es mi talla! ¿tienes el ticket?

Otros ni siquiera disimulan el desacierto que has tenido en la elección.

¡Horror el próximo año me voy de crucero!

M^a Isabel Abando

¿Quién soy? Adivinanza

A veces me confundo y no sé quién soy.

Me deslizo buceando en la oscuridad, en mi preciada libertad y poco a poco voy recorriendo todos los recovecos en busca del exquisito manjar. Y así crezco oculta, escondida, impregnada de ese olor tan característico que envuelve las profundidades y del cual yo también participo. Tropiezo con otros seres que también gustan de estar aquí abajo. A veces son chiquititos, casi siempre ciegos, pero claro, en la oscuridad se manejan muy bien, los hay también alargados y fresquitos. Normalmente me recorren e incluso anidan en mis huequecitos

Y voy profundizando más y más, acompañada de toda mi descendencia, que crece desde mí y que nunca se separa pero que se expande y se encuentra con sus iguales, iguales que vienen de lejos y tienen infinitos secretos que intercambiar. Aquí abajo está pobladísimo y nos enredamos y nos amamos y conocemos las sabidurías de todo el planeta.

Pero no sé... mi otro yo gusta de crecer hacia arriba, hacia el espacio, respirar aire fresco y limpio, bailar mecido por el viento y participar como un instrumento más en una espectacular sinfonía de colores. Es como un poderoso eje central poblado de numerosos brazos que tiran hacia arriba.

Y además ese otro yo mío suena. ¡Sí, suena! Suena suave, cruje fuerte y es capaz de emocionar, alegrar, asustar, tranquilizar.

Ese otro yo mío es muy coqueto y cambia de apariencia con regularidad. Empieza siendo un palo gordo de color marrón grisáceo del cual salen muchos palos finos. Poco a poco se va llenando de pequeñas protuberancias, diminutas manchas rosáceas que crecen lentamente, y al final explotan en divinos colores.

Después por cada una de esas manchas rosas asoma otro color y cuando este último ha tomado suficiente protagonismo se desprende. Es entonces cuando los ocres comienzan lentamente a adornar su cuerpo. De nuevo la belleza es espléndida, pero también tiene su decadencia, que con el paso del tiempo va dejando entrever ese palo gordo marrón grisáceo que era al principio. Y todo vuelve a empezar.

En realidad yo soy los dos, el arriba y el abajo, y los dos me encantan, el uno no existe sin el otro.

¿Quién soy?

Mónica Botella

Juegos de mesa

Y allí estábamos los dos sentados después de un año de comenzar el juego, en una nueva cita de cuchara y tenedor. En el mismo pequeño y ruidoso restaurante italiano, con su sofocante olor a queso; en la misma mesa y con los mismos platos delante, a punto de cerrar nuestro compromiso gracias al juego.

Despacio y ceremonialmente, me deslizaste tu cuchara por el mantel de cuadros sin despegar tu mirada de mis ojos. En ese momento sentí que el silencio se hacía absoluto a mi alrededor, mientras notaba el frío tacto del metal. Cogí mi tenedor y te lo entregué, sabía que de esa manera yo también sellaba nuestro mutuo compromiso.

Ese juego que surgió hace tanto tiempo en esa misma mesa, ¿te acuerdas? Los dos frente a nuestros platos, sin hablarnos, sin mirarnos. Tú dando vueltas a tu humeante sopa minestrone, parecías buscar algo que no llegabas a encontrar, y yo con mi pizza margarita, sin llegar a probar bocado del aburrimiento que tenía. Los dos en silencio, jugando con la comida y sin querer enfrentarnos a nuestra absoluta y aburrida rutina.

Entonces ocurrió, te vi levantar la vista, mirar algo por encima de mi hombro y florecer una sonrisa en tu cara. Me dijiste con voz pícara, ¿a que adivino qué van a pedir esos dos? Y así, con esa simple pregunta, esa noche la pasamos intentando adivinar lo que comerían los demás, riéndonos de nuestras ocurrencias y mirándonos como hacía mucho que no lo hacíamos, y comenzaron nuestras citas de cuchara y tenedor.

Al principio apenas acertábamos, pero poco a poco mejoramos. Todos los días mirábamos a qué restaurante íbamos, cual era más interesante para nuestro juego, si era pequeño mejor, para poder escuchar las conversaciones de los demás. Y noche tras noche, fuimos encontrando algunos curiosos patrones. La gente más aburrida siempre tomaba comidas muy sosas, mientras que los más alegres pedían comida especiada. O que los más agresivos, comían algo que fuese necesario cortar. Las parejas más comprometidas compartían sus platos. Y las personas tranquilas se eternizaban y podían estar pinchando despacio un pedacito tras otro. Por el contrario los más ansiosos siempre pedían platos que se pudiesen comer de un solo bocado.

Y cena tras cena, fuimos olvidando nuestras diferencias, disfrutando puntos de encuentro en donde sólo teníamos que adivinar los sentimientos de los demás, sin incomodarnos en profundizar en los nuestros. Y así fuimos atesorando momentos inolvidables a nuestra colección de citas de cuchara y tenedor.

Por eso esta noche era tan importante. Habíamos intercambiado nuestros cubiertos, nuestras herramientas de disfrute, en una muestra de querer compartirlo todo.

Y en ese momento, cuando teníamos esa ilusión en nuestra mirada, bajamos la vista a nuestros platos, y despacio pero contundentemente, con una profunda tristeza y sintiéndonos caer por un barranco, nos dimos cuenta que yo nunca podría comer con tu cuchara mi plato, ni tú con mi tenedor tu sopa.

Y comimos en silencio, con unos cubiertos extraños.

M^a José Ayuso

Semana del Libro
Del 19 al 22 de Abril de 2022



Biblioteca Municipal
Ayuntamiento de Colmenarejo